

“AVE DE CRISTAL”

JUAN CARLOS AGUIRRE OCHOA

*A la maestra Norma Leticia González López,
Mi Ave de Cristal.*

Vivo en un bosque mágico en el que los seres humanos estamos íntimamente conectados con la naturaleza. Mi casa está cerca de un río; a la orilla de ese río hay un roble, y en ese árbol platico todas las mañanas con un ave de cristal. Mi amistad con ella es como el musgo que se adhiere a las rocas. Cuando estoy con ella, a veces nos visita un colibrí, quien es también nuestro fiel amigo.

El ave de cristal es frágil, pero muy tenaz a la vez. Sus alas están un poco rayadas por los achaques del tiempo, y sus ojos expresan mucha sabiduría. Su materia transparente, puesto que es de cristal, permite que sus sentimientos sean visibles ante todos. Su vuelo es grácil e inspirador, como su canto. Es un ave muy rara que inspira paz. Su motivación por la vida y su fe han movido las montañas de este bosque, ante los ojos asombrados de quienes lo habitamos. Su amor ha fertilizado la tierra, la mente y los corazones de todos.

Todas las noches, mientras duermo, entra por mi ventana y se para sobre el buró que se encuentra a un lado de ésta para cerciorarse de que yo esté bien y cuidarme un momento. Al despertarme, me doy cuenta de esto porque casi nunca sacudo el polvo que está encima del buró y ahí observo sus patitas grabadas. Es un ave que me protege y me defiende cuando es necesario. Una mañana, cuando estábamos platicando debajo del roble, el ave de cristal me puso sobre aviso:

- ¿Ves aquel oso que está entre los abetos? Ese oso tiene mucha hambre y desde hace algunos días te mira con discreción. De repente, camina sigilosamente como para acercarse a ti. Cuídate mucho de él, y si alguna vez te llegara a perseguir, métete al río. El oso le tiene miedo a las aguas de este río. Estarás seguro adentro.

- Así lo haré. Muchas gracias por preocuparte por mí -le dije- ¿Sabes? Me siento muy privilegiado por poder contar con tu amistad. Una pregunta, ¿cuál es el color de la amistad?

- El color de la amistad es el azul, como el agua del río o como el cielo. Cada vez que observes naturaleza azul, acuérdate de mí porque ahí estaré.

Al día siguiente, fue mi cumpleaños y recibí muchos obsequios de mis amigos: ropa, zapatos y cosas del hogar, como un reloj y una vajilla de porcelana. Antes de dormirme, entró por mi ventana el ave de cristal; se paró en el buró, como de costumbre, y me dijo: “Yo no te puedo regalar cosas materiales, pero sí te puedo regalar vida”.

A los tres días, en la parte trasera de mi casa nació una flor de alcatraz. Se me hizo algo extraño, y más porque poco a poco iban creciendo diversos tipos de flores. Al mes, había también rosas, claveles, bugambilias, crisantemos, acedera, tulipanes, almendros y demás. Las lianas no frenaban su paso formando un tapiz maravilloso. Sin mover un dedo, poseía un jardín majestuoso. Así fue con el paso de los meses; cada vez crecía mi jardín, volviéndose más exuberante. Era digno de ser contemplado.

Una mañana, charlábamos plácidamente el ave de cristal y yo, cuando de repente, se acordó que tenía que hacer algo muy importante, le pregunté qué era y me dijo que a la mañana siguiente me esperaba como siempre ahí mismo, debajo del roble, para contarme.

Ese día, no pude asistir a mi cita con el ave porque surgió una tormenta muy fuerte que no me permitió salir de casa. Supuse que el ave de cristal tampoco iría. La tormenta causó muchos estragos en el bosque. El río se desbordó y algunos animales habían perdido a sus crías. La flora estaba cabizbaja y hasta el agua sabía a nostalgia. La mañana siguiente, luego de la tormenta, me disponía a salir para ver a mi ave amiga. Entonces, llegó el colibrí a mi ventana para darme una noticia:

“Ayer, el ave de cristal te estuvo esperando desde muy temprano parada en una de las ramas del roble. La vi desde lejos. Después, se sobrevino la terrible tormenta y cayó un rayo en el roble. Ese rayo rompió una de las ramas y le cayó encima al ave... le quebró un ala. El ave de cristal quiso volar pero no pudo y se desplomó en el río. La corriente estaba muy fuerte y se la fue llevando unos cuantos metros hasta que chocó contra una roca enorme... lo siento muchísimo, ¡no sabes cuánto!, pero mis alas son muy pequeñas y no tengo tanta fuerza como para haber hecho algo por ella. El ave de cristal se quebró y sus cristales rotos se esparcieron por el río... parecía que había estrellas dentro del río. No tengo nada más qué decir. Es todo.”

El colibrí se fue llorando, sin poder hablar más, y yo me quedé sin aliento. Empecé a temblar y por un instante no alcanzaba la respiración. Cuando había despertado, sentí algo raro en el ambiente, pero no creí que se debiera por una tragedia así. No soportaba el dolor y me invadió un llanto sofocante que no me dejó en paz durante varios días.

Durante esos momentos de llanto interminable, supliqué regresar el tiempo para tratar de cambiar las cosas y poder salvar a mi ave amiga, pero no se puede. No se puede regresar el tiempo, ni a los amigos que se van, por más que uno quiera. Lamentablemente, la vida no satisface todos nuestros deseos, y me resigné, pero la tristeza queda.

En un ataque de zozobra, salí corriendo de mi casa dirigiéndome al roble en el que siempre nos veíamos. Mientras corría toda mi vida se me vino encima y recordé todos los momentos que pasé junto a ella. Todas las sonrisas que ella dibujó en mí, así como todas las palabras que me hacían tener fe.

Al llegar a mi destino, caí al suelo de rodillas. El roble ya no estaba. Ahora en su lugar había otro árbol: era un sauce. El sauce, con sus hojas caídas, parecía que estaba llorando y me recargué en él a llorar también. Horas más tarde, llegó el colibrí y le dije:

“Colibrí... si por alguna extraña razón los cristales de mi amiga se vuelven a juntar, y la ves volando por ahí, por favor, dile que vaya a mi ventana y me deje un mensaje escrito sobre el polvo del buró en el que me diga cómo hacerle para ya no llorar. Ahora, a mi ventana solo llegan hojas secas. Se me está secando el jardín y no sé qué hacer. Lo he estado regando, y no quieren reanimarse las flores. Las acaricio pero los pétalos se hacen trizas en mis manos y caen pulverizadas. Las enredaderas que tapizaban las paredes de mi casa se están secando también y están quedando las paredes al descubierto; se les está cayendo la pintura como si también estuvieran llorando. Este día siento que no me importa nada. Nada me causa alegría. Se pudrió el ébano de la casita que le estaba haciendo para que pudiera descansar más cómoda en el roble, así como se están pudriendo mis días. Me duermo más temprano y me levanto más tarde para restarle horas al día. En estos momentos, si se secase el río, si mi jardín desapareciera por completo, si se apagara la música del bosque, si viniera un torbellino y se llevara mi casa al igual que todo cuanto a su paso encontrara, si alguien pudiera enrollar el cielo y llevárselo, yo no sentiría más tristeza de la que ya tengo... Ya no siento el calor del sol. Si nevara en este bosque y todos se fueran por no soportar el frío, y me quedara solo, no importaría porque de todos modos siento que mi corazón se va cubriendo con escarcha de nieve. Ya no sé qué hacer...”.

El colibrí solo me respondió con la frase “El tiempo lo cura todo”, y sí, tiene razón, pero es una frase tan fácil de decir, pero tan difícil de concebir en momentos de desasosiego. En una etapa tan triste es común tener desavenencias con la señora Realidad o con el señor Tiempo, sin embargo, uno termina por aceptar que la naturaleza, la muerte y el amor jamás negocian contigo.

Los días posteriores cree vínculos con otros árboles que apenas conocía para ya no entristecer más al que se transformó en sauce llorón. Me refugiaba en ellos, solo que al momento de contarles mi triste historia éstos se comenzaban a secar, y mejor me retiraba antes de que lo hicieran por completo.

Pasaron varias semanas y yo me seguía sintiendo como anestesiado. Cada vez, me olvidaba más de sonreír. Las huellas del ave de cristal que estaban sobre el buró de la ventana de mi cuarto se fueron cubriendo por el polvo hasta ya no distinguirse. Ya no tenía quién estuviera al pendiente de mí. Donde estaban esas huellas, escribí con mi dedo índice “Te quiero mucho”.

Una tarde, decidí ir a recargarme en el sauce, a la orilla del río, para meditar. De pronto, llegó el colibrí y le platiqué lo siguiente:

- Hace tres días nació una flor muy rara compuesta de dos pétalos que parecen alas que van en dirección contraria. Es bellísima, pero nunca había visto una flor así. Posee una textura de piel de durazno... solamente no me gusta el color: es gris.

El colibrí me respondió:

- Ya la vi, pero no es gris. Tiene otro color, uno muy hermoso; su néctar es exquisito. Lo que pasa es que tú la ves gris por tu melancolía, pero realmente esa flor tiene un tono precioso que algún día podrás apreciar. En esta etapa de tu vida, las cosas más bellas de color verde, amarillo o rojo, quizá las veas grises.

Comprendí que el colibrí tenía razón. Mientras siguiera así, iba a ver la vida de colores opacos. El colibrí se marchó para buscar alimento y volví a quedarme solo con el sauce. Me estaba quedando dormido, cuando de repente, alcancé a ver que el oso del que me previno alguna vez mi ave amiga, se estaba acercando a mí. Se encontraba a unos cuantos metros. Fue entonces que me acordé de lo que me aconsejó y me lancé estrepitosamente a las aguas del río. El oso estaba en la orilla y yo temía que se fuera a meter al agua, sin embargo, ahí se quedó. Se notaba frustrado.

Traté de relajarme un poco y comencé a nadar como un delfín. De repente, observé una luz muy brillante que venía del fondo del río, acercándose a mí. No me dio temor, por lo que me sumergí para saber de qué se trataba. Quedé pasmado al darme cuenta que era mi hermosa ave, la cual venía a mí para darme su último mensaje:

“No sabes la felicidad que me da verte. Necesito decirte algo. No tengo mucho tiempo. No vayas a abrir la boca porque te puedes ahogar, mantén la respiración, por favor. Sé que casi no me reconoces porque soy distinta. Ya no soy de cristal, ya no me puedo quebrar. Ahora soy un ave compuesta de hierro y diamante. Mi creador me hizo así. Soy más fuerte para protegerlos a todos pero lo haré desde otro bosque, uno más poblado... algún día lo conocerás, pero por el momento no. No te lamentes por no poder acompañarme el día de la tormenta. Así tenían que ser las cosas. A mí necesitan allá. Prometo enviarte señales para que tomes las mejores decisiones. Tienes que hacer de este bosque más frondoso.

Planta más árboles y flores, cuida a la fauna y al agua de este río. Cuídate mucho también. En cada árbol de caoba, cedro y arce se guarda el recuerdo de nuestra amistad. Tienes que saber algo muy importante que te iba a decir el día de la tormenta: del oso ya no tienes por qué huir. Te perseguía en este instante porque quiere expresarte lo triste que se siente por mi partida. Antes de partir, lo ayudé a que él y sus oseznos se alimentaran después de varios días que no lo hacían. La madre de sus crías murió y como él le tiene miedo al río, no tiene el valor de meterse para conseguir peces.

Entonces yo lo ayudé a conseguirlos. Yo pesqué por él. Me dolía hacerlo porque los peces son parte de este bosque, también son nuestros amigos, pero es parte de la naturaleza de los osos y de su cadena alimenticia. Ahora te encargo que lo ayudes y lo alientes. También te encargo que seas muy feliz en este bosque lleno de adversidades, pero también de mucha belleza. Tienes que mirar siempre a la vida en la cara como es y luchar por convertir en fértil la tierra árida. El bello jardín que tienes en tu casa no salió de la nada. Cada día, iba a ese terreno a sembrar una semilla de diferente tipo de flor. No te pude regalar cosas materiales, pero te regalé un jardín abundante. Recuerda que, como ese jardín, todo puede florecer empezando por tener un sueño. Sal, y abraza al oso como si me estuvieras abrazando a mí, y abraza a la vida, también como si me estuvieras abrazando a mí, ándale, ¡ve!”.

El ave se alejó hasta desaparecer de mi vista.

Salí del río, y miré fijamente al oso. A los dos se nos cristalizaron los ojos y le estreché mis brazos. Nos dimos un abrazo tan fuerte que quedamos grabados uno en el otro. Verdaderamente, sentí como si a través del oso estuviera abrazando al ave. De nuevo, toda mi vida transcurrió en mi memoria como fotografías que se proyectaban a mil por hora. Ya no sentí frío. El abrazo reparador del oso me llenó de calidez y de paz.

Nos sentamos a platicar recargados en el sauce. Tuvimos una charla tan profunda como las que tenía con mi amiga. Me platicó que le tiene miedo al río porque hacía unos meses, la osa, madre de sus crías, estaba pescando, cuando en el momento menos esperado emergió del agua un cazador y le quitó la vida. Él y sus oseznos habían presenciado todo, es por ello que le quedó un trauma que no le permitía meterse al agua.

Entonces, se me ocurrió tomarlo de la pata delantera y acompañarlo al agua. El pobre oso temblaba y aunque al principio se rehusaba a hacerlo, al final lo convencí de que estando yo con él no le pasaría nada malo.

¡Lo logré!

Después de varios meses sin poder meterse al río, el oso se enfrentó a su miedo y lo superó. Sonreí de nuevo, después de tantos días sin hacerlo. Le dije que podía contar conmigo para siempre; me respondió que él y su familia también.

El sauce nos contemplaba y supe que esbozó una sonrisa porque sus hojas se levantaron un poco. En ese lapso llegué a pensar que volvería a ser un roble, pero me equivoqué. A pesar de que mi estado de ánimo era más positivo, entendí que el árbol que antes era un roble esplendoroso seguiría siendo un lindo sauce llorón. Él quiso al ave tanto como yo. Caí en cuenta de que hay cosas que nos pasan y siempre quedan ahí, solo aprendemos a vivir con ello.

Esa tarde, me sentía feliz por mi experiencia con el oso y por haberme reencontrado con el ave, que ya no era de cristal, sino de una composición inquebrantable. Opté por ir a abrazar a cada árbol que estuve a punto de secar por mi nostalgia para que sintieran mi nueva energía. Curiosamente, cada que abrazaba a un árbol decaído con toda mi fuerza éste se reanimaba poniéndose más frondoso que antes.

Llegué a casa y fui directo al jardín para buscar la forma de rescatarlo. Quedé atónito al ver que la flor extraña de pétalos que parecían alas, ya la podía contemplar en su color original: realmente no era gris, era un hermoso color azul, como el color que me dijo alguna vez el ave que correspondía a nuestra amistad. Fue ahí cuando me di cuenta que esa flor tiene su esencia. Ciertas cosas quedan impregnadas con la esencia de quien se va. Observé que empezaban a retoñar más flores azules.

De seguro, en muy poco tiempo, tendría otra vez un majestuoso jardín con un abundante color azul. Ese era el mejor obsequio que había recibido hasta la fecha. No cabe duda que regalar naturaleza es el mejor detalle del mundo.

Subí a mi cuarto a cambiarme para arar la tierra del jardín, y me encontré con otro gran detalle. Sobre el polvo del buró en el que había escrito “Te quiero mucho”, ahora también decía: “Yo te quiero más”.

FIN